

Lecturas del “yo escritor” en *El olvido que seremos* y *Traiciones de la memoria*, de Héctor Abad Faciolince*

Orfa Kelita Vanegas Vásquez¹

Universidad del Tolima (Colombia)

Universidad Nacional de Cuyo (Argentina)

Resumen

Esta reflexión se centra en la indagación de la figura del “yo escritor” en *El olvido que seremos* (2006) y *Traiciones de la memoria* (2009) de Héctor Abad Faciolince (1958). Teniendo en cuenta el referente teórico sobre el espacio biográfico, específicamente acerca del género autoficcional, se indaga la construcción del “yo escritor” como entidad narrativa desde la que el autor colombiano reflexiona sobre su propio hacer escritural y su tradición literaria. La configuración de la presencia del “yo escritor” abre un espacio revelador de los matices del perfil escritural y la tradición lectora que constituyen el “sí mismo” del autor-escritor. Los dos libros objeto de estudio se relacionan entre sí, ya que el segundo es una espe-

Abstract

This reflection is focused in the inquiry of the “I, writer” figure in *The oblivion* (2006) and *Traiciones de la memoria* (2009) of Héctor Abad Faciolince (1958). Taking into account a theoretical reference on biographical space, specifically on the autofictional gender, the construction of the “I, writer” is inquire as a narrative entity from which the Colombian author reflects on its own scriptural work and its own literary tradition. The configuration of the presence of the “I, writer” opens a revealing space of the nuances of the scriptural profile and the reading tradition which constitute the “himself” of the author-writer. The two books under study are related to each other, since the second is a kind of document

* **Readings of the “I, writer” in *The oblivion* and *Traiciones de la memoria* by Hector Abad Faciolince.**

Artículo de reflexión derivado de la investigación “Memoria narrativa del miedo político y la representación de sus efectos psicosociales en la literatura colombiana”, en el marco de los estudios del Doctorado en Letras de la Universidad Nacional de Cuyo (Argentina).

¹ Profesora de Literatura de la Universidad de Tolima (Colombia). e-mail: okvanegasv@ut.edu.co

cie de documento de “genética narrativa” que recoge, desde un suceso narrado en la primera obra y desde el interrogante del sujeto narrador sobre las tensiones metafóricas de lo ficcionado, el proceso de escritura de ambos textos. De ese modo, en la interface creativa entre *Traiciones de la memoria* y *El olvido que seremos* se constatan diferentes reflexiones del autor acerca de las lecturas y deslecturas del “yo escritor” en su propio proceso de construcción.

of "narrative genetics" that collects, from an event narrated in the first work and from the question of the narrator subject about the metaphoric tensions of the fictionalized, the writing process of both texts. In this way, in the creative interface between *Traiciones de la memoria* and *The oblivion* show different reflections of the author about the readings and unreadings of the “I, writer” in his own construction process.

Palabras clave: yo escritor, yo lector, autoficción, memoria, Héctor Abad Faciolince.

Keywords: I writer, I reader, autofiction, memory, Abad Faciolince.

Para iniciar esta reflexión consideramos necesario señalar algunos aspectos generales sobre los libros que indagamos. *El olvido que seremos* (2006) cuenta la historia de un padre y su asesinato durante uno de los momentos más agudos de la violencia sociopolítica en Colombia, a la vez que configura algunas imágenes simbólicas del pasado histórico reciente del país². Reflexionar sobre los artilugios de escritura de este texto conlleva a la comprensión de los modos como el autor refiere el “yo propio” a través de una voz narrativa que cuenta la historia del padre. Asimismo, se logra deducir que en ese transcurso narrativo se abre la posibilidad de valorizar aspectos significativos de casi todo texto autorreferencial: el perfil escritural y la tradición lectora que constituyen al autor como un “yo escritor”. Igualmente, se evidencia el uso creativo de los recursos literarios para articular una narración que, aunque de corte autobiográfico, no se circunscribe exclusivamente a este campo narrativo, como tampoco a ningún otro género específico. Como defiende el propio

² En el texto se juega una doble respuesta a la realidad del país: por un lado, configura la experiencia individual-íntima del sujeto narrador, pero al mismo tiempo esta presencia narrativa evoca un devenir histórico, por supuesto colectivo, de la violencia sociopolítica colombiana, particularmente el del cruento periodo de los asesinatos de los militantes de la Unión Patriótica (UP), partido político colombiano de izquierda, fundado en 1985 como parte de una propuesta política legal de varios grupos guerrilleros. Fue perseguido brutalmente por las Fuerzas Armadas Colombianas y el paramilitarismo. Y, precisamente, el padre de Héctor Abad Faciolince hacía parte de la UP y por eso fue asesinado.

autor, *El olvido que seremos* es una narración de género incierto. Un asunto sobre el que volveremos más adelante.³

Por otro lado, es necesario tener presente que tres años después de la publicación de *El olvido que seremos*, el autor publica un nuevo texto de carácter autobiográfico titulado *Traiciones de la memoria* (2009). El escritor manifiesta que este segundo texto surge con la intención de dar claridad a un suceso clave narrado en *El olvido*: el del poema de Jorge Luis Borges encontrado en el bolsillo del abrigo que el padre llevaba puesto el día que fue asesinado. Poema que Abad Faciolince transcribe fielmente en *El olvido que seremos*, y del cual toma el primer verso para titular este libro. En su momento, la publicación de este poema en el libro de Abad causó sospecha y malentendidos entre algunos estudiosos de Borges, pues dudaban de que efectivamente esos versos pertenecieran al escritor argentino. *Traiciones de la memoria* se compone también de otros dos relatos: *Un camino equivocado* y *Exfuturos*, sin embargo, es el texto *Un poema en el bolsillo* el que abarca la mayor parte del libro y el que claramente nos interesa en este estudio. Así entonces, por la particularidad temática de este último relato y por ser *Traiciones* un libro en el que se reflexiona constantemente sobre los laberintos de la memoria, el pasado y los procesos de la escritura narrativa, lo tomamos como apéndice necesario de *El olvido que seremos*.

El conocimiento de lo literario como espacio para la autofiguración es explícito en los juegos estéticos que Abad Faciolince utiliza para narrar su vida pasada. Como bien razona Sylvia Molloy (2001), el escritor que se aventura a narrar la vida propia reconoce, conscientemente, lo que significa verter el yo en una construcción retórica, el conocimiento de los artificios literarios le hacen prever la complejidad de constituirse como sujeto en la escritura (11-12). Esta naturaleza del hacer literario toma forma en varios aspectos temáticos y estilísticos de *El olvido que seremos*. Uno de ellos, el que más llama nuestra atención, es el de su indeterminación genérica. Sabemos que la edición en español de este libro no presenta marcas paratextuales de género, aunque en la solapa de *Traiciones de la memoria*, libro publicado tiempo después, *El olvido que seremos* aparece catalogado como narración de “género incierto” (Abad Faciolince, 2009). Es un texto que se publicó como *roman* (“novela”) en la traducción al francés y en Inglaterra como *memoirs* (“memorias”).

³ Avisamos que parte del tema sobre el espacio autoficcional en *El olvido que seremos* fue trabajado en el ensayo “Memoria y espacio autoficcional en *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince”, publicado en la revista *Cuadernos del CILHA* (Vanegas, 2016). Retomamos apartados de este trabajo para ponerlos en diálogo con el tema central del presente texto.

Un movimiento de plasticidad genérica en el que se aprecia el *carácter híbrido o transversal* del pacto de lectura. Ciertamente, este modo de proyectar lo narrado se relaciona con las ideas que el autor tiene acerca de lo real, lo ficcional, lo imaginario o lo representado. En entrevista con José Zepeda (2011), Abad expresa complacencia por presentar lo real como imaginario, reflexiona sobre lo difícil y complejo que resulta configurar el pasado como suceso “netamente real” o como algo que se quiere escindido de lo imaginado. Sugiere así, en sintonía con Alberca (2007), que la obra literaria, por más autobiográfica que sea, “nunca es un espejo fiel, sino un complejo juego de espejos que se reflejan unos a otros, sometidos a las más extrañas deformaciones” (63).

El olvido que seremos, de trazo autobiográfico y anclado a sucesos vivenciales, está escrito como novela. Pero no sólo por el estilo que adopta, o por recurrir a la flexibilidad expresiva de lo literario y a los juegos del lenguaje, sino también porque, como reflexiona Abad Faciolince en *Traiciones de la memoria* a propósito de *El olvido* (2009: 15-17), gran parte de la realidad que ha relatado está sujeta a las improvisaciones de la memoria y a la recreación de un imaginario ficcional: “Hay historias reales [dice el escritor] que tienen tantas simetrías que parecen inventadas. Si no fueran verdad, podrían ser fábulas, aunque siendo verdad, también son fábulas” (2009: 15). Con esta dimensión de la narración que se pretende autobiográfica, la dialéctica entre lo ficticio y lo vivido, entre lo real y su simulacro, parece sostenerse también en su total inversión, es decir, que la invención deviene en lo real y lo ficticio se convierte en expresión de la verdad (Alberca, 2007: 59-60). En efecto, Abad Faciolince considera más interesante, y casi ineludible, que su verdad en *El olvido que seremos* sea leída como ficción o fábula, no tanto como relato netamente autobiográfico o mera biografía. En el marco ficcional, expresa abiertamente el escritor, su padre, protagonista del relato, sería dimensionado no sólo como figura histórica, sino que también adquiriría un “aura” de personaje novelesco, de un “héroe romántico que llevó una vida muy estética [...] con unas simetrías especiales [...] que amaba la belleza [...] y que visto entonces como personaje literario, podrá vivir ‘para siempre’ en el recuerdo de la gente” (Abad Faciolince; Zepeda, 2011). El escritor colombiano enfatiza en que no pocas veces los personajes literarios tienen más vida que cualquier persona que realmente haya existido (Abad Faciolince, 2010).

En las reflexiones acerca de la tensión entre lo ficticio y lo vivido se evidencia que para Abad Faciolince prevalece, sobre todo, la idea de sostener una memoria en el tiempo que la cuestión de si lo recordado es ficción o realidad, reconoce los límites difusos

entre esas dos categorías. En *Traiciones de la memoria* (2009), en relación con la veracidad de lo autobiografiado, argumenta el autor que “la verdad y el recuerdo están siempre salpicados de olvidos o de deformaciones del recuerdo que no se reconocen como tales” (141), es decir, que la verdad del pasado descansa siempre sobre una memoria imperfecta que, desde la mirada estética, es acaso la más confiable. De ese modo, si es más valioso para Abad que sus relatos autobiográficos sean leídos también como ficción, además de no garantizar que lo contado se somete a un “referente real”, se abre asimismo la posibilidad de una crítica literaria de lo narrado en *El olvido que seremos* desde el marco autoficcional. La posición liminar de este libro entre autobiografía y novela autobiográfica potencia la capacidad expresiva de su historia, y, en consecuencia, complejiza y enriquece su comprensión crítica.

La inquietud que genera la indeterminación genérica de *El olvido que seremos* se corresponde con la necesidad del lector de sentirse en “piso firme” frente al tipo de narración que examina. Indefectiblemente buscamos reconocer el régimen de los hechos para aclarar si estamos ante una “realidad inventada” o a una “realidad ocurrida”. El lector, indefectiblemente, necesita identificar un pacto de lectura preciso, empero, en el caso de *El olvido que seremos*, no es posible. Por lo menos, no lo es en principio, porque Abad Faciolince, como bien se aprecia, ha decidido camuflarlo. Siendo esta la situación, y reconociendo que el libro en cuestión soporta tanto una lectura autobiográfica como una lectura novelesca, el pacto de lectura se entendería entonces desde la categoría de “pacto ambiguo” (Alberca, 2003): toda autoficción provoca un choque de pactos antitéticos y “cuanto más sutil sea la mezcla de ambos pactos, más prolongado será el efecto de ambigüedad del relato y mayor el esfuerzo para resolverlo” (7). Sin embargo, la vacilación interpretativa no es infinita, ya que al final se resuelve la indeterminación de leerla como novela o como autobiografía, inclusive como una mezcla de los dos. En resumidas cuentas, consideramos que *El olvido que seremos* consiente la lectura simultánea de dos géneros: el autobiográfico y el novelesco, es decir, sin dejar de ser autobiográfico, se camufla bajo los artificios literarios de la novela sugiriendo una lectura en clave ficcional.

Uno de los recursos autofccionales más notables de *El olvido que seremos* quizás sea la construcción de la entidad narrativa. La entidad del autor se recrea en la entidad de un narrador en primera persona, que busca, desde el relato del “propio yo” construir la entidad del padre. La narración se ancla así a una especie de “sí mismo dual”, a un ambiguo proceso de identificación subjetiva que se constituye a

partir de un juego de identidades entre “yo es otro” y “otro es yo”. Empero, aquí hay que aclarar que este entrecruzamiento o *hibridez* de identidades –o ese “sí mismo dual”–, no tiene que ver con “la extrañeza del sujeto que se ve como otro de sí mismo” (Amícola, 2007: 30) y tampoco con “el descentramiento y la diferencia como marca de inscripción del sujeto en el decurso narrativo” (Arfuch, 2010: 95), que indica, por ejemplo, la clásica frase de Rimbaud: *Je est un autre*.

La entidad narrativa del “sí mismo dual” que entrevemos en *El olvido*, la inferimos más bien desde las ideas que Beatriz Sarlo (2009) expone acerca de la condición del testigo de experiencias traumáticas. La persona que por una experiencia radical como la muerte, el asesinato, la desaparición, etc., toma la palabra de aquel que ya no está para referir lo vivido. Esto es, que la entidad que narra está “en remplazo” de otra, “ella es otra”, pero también “es ella misma”, es “vicaria” de la memoria de sucesos compartidos. Es una voz testigo que ha sido elegida por condiciones extratextuales (psicológicas, éticas, históricas) para contar lo vivido desde una “experiencia impersonal”, desde aquello que sin haber tocado directamente el cuerpo, se asume como vivencia propia. En definitiva, es de esta manera que consideramos se da forma a la entidad narrativa en *El olvido que seremos*: la voz del autor-narrador-hijo se “apropia” de la voz del padre para referir las experiencias compartidas, para no dejar a la desmemoria y el vacío una vida en comunión, marcada por el amor filial pero también por la violencia sociopolítica, que es la causante del asesinato del progenitor. Veinte años después, Abad Faciolince reconstruye como *momento vivido en el cuerpo propio* las emociones lacerantes que quizás el padre sintió en el instante preciso de su asesinato:

Mi papá mira hacia el suelo, a sus pies, como si quisiera ver la sangre del maestro asesinado. No ve rastros de nada, pero oye unos pasos apresurados que se acercan, y una respiración atropellada que parece resoplar contra su cuello. Levanta la vista y ve la cara malévolamente del asesino, ve los fogonazos que salen del cañón de la pistola, oye al mismo tiempo los tiros y siente que un golpe en el pecho lo derriba. Cae de espaldas, sus anteojos saltan y se quiebran, y desde el suelo, mientras piensa por último, estoy seguro, en todos los que ama, con el costado transido de dolor, alcanza a ver confusamente la boca del revólver que escupe fuego otra vez y lo remata con varios tiros en la cabeza, en el cuello, y de nuevo en el pecho (Abad Faciolince, 2008: 243)

Es llamativo que la reminiscencia del asesinato se haga desde la perspectiva exclusiva del padre pero confesada por la voz del hijo. Enfatizamos en que el narrador-hijo no lo acompañaba durante el atentado. De manera imaginada, el narrador se ubica, en tiempo y espacio, como testigo íntimo del papá para *experimentar con él* ese momento terrible. Es entonces de este modo como los procedimientos de escritura de la narración de Abad Faciolince configuran tanto la presencia del hijo como la del padre, se da cohesión a una *esfera identitaria* armónica, donde, metafóricamente, se diluyen las fronteras entre dos individualidades para “dar vida” a un solo sujeto narrativo.

La idea de que el narrador *es* uno con el padre se expresa de manera abierta y poéticamente en el epígrafe que abre la obra: “Y por amor a la memoria llevo sobre mi cara la cara de mi padre” (frase del poeta israelí Yehuda Amijai). Se trataría así del renacimiento del padre en la mirada del hijo. O, en otras palabras, la vivificación narrativa del progenitor se hace posible en la voz del hijo-narrador que *se cuenta a sí mismo*. De ese modo, los procedimientos literarios usados por Abad Faciolince parecen “diluir” los límites entre las dos entidades: la del narrador-hijo y la del personaje-padre. Se sugiere así una sola presencia narrativa en el relato. En el campo autoficcional esta coincidencia de “yoes” es plausible, no infringe “el principio ético de no confundirse con el biografiado” (Holroyd, 2011: 72). De hecho, enriquece la capacidad expresiva, estilística y ética de la entidad narrativa.

Ahora bien, la coexistencia de dos presencias subjetivas en un mismo vértice de expresión autobiográfica es, asimismo, la que da profundidad ontológica a las escenas de lectura y de escritura que se significan a lo largo de la narración. Hay una referencia constante e incansable de autores y libros literarios (Tolstoi, Machado, Vallejo, Neruda, Lorca, Aghata Christie, Proust, Borges, etc.) que alimentan la íntima relación afectiva entre padre e hijo. Múltiples lecturas compartidas, que por la forma como aparecen ficcionadas, hacen parte integral de la imagen de sí mismo que el narrador procura construir, no sólo de su persona, sino también, y con seguridad, de la del padre. La figura paterna es ciertamente una “presencia perenne” que se fusiona a la existencia del narrador. El encuentro del yo con el libro es crucial en el relato de Abad, pues cada escena que dramatiza la lectura parece dar significado a la vida entera (Molloy, 2001). Comparemos las siguientes citas que pertenecen a momentos y espacios diferentes de la vida del autor-narrador:

Y allá [en la finca familiar de Rionegro] yo hacía largas caminatas con mi padre, que mientras caminaba me recitaba poemas de memoria, y después me leía a la sombra de un árbol, el *Martín Fierro*, *La guerra y la paz*, o poemas de Barba Jacob (Abad Faciolince, 2006: 126).

[...] mi papá empezó a leerle en voz alta a mi hermana el primer cuento de Oscar Wilde que venía en el libro [...] cuando el pájaro muere traspasado por la espina del rosal [...] me acerqué a ellos, humilde y arrepentido. Mi papá terminó de leer con mucha emoción [...] leí una y otra vez los fascinantes cuentos de Wilde, y desde entonces no he hecho otra cosa que leer literatura (Abad Faciolince, 2006: 139).

Creo que el único motivo por el que he sido capaz de seguir escribiendo todos estos años, y de entregar mis escritos a la imprenta, es porque sé que mi papá hubiera gozado más que nadie al leer todas estas páginas mías que no alcanzó a leer. Que no leerá nunca. Es una de las paradojas más tristes de mi vida: casi todo lo que he escrito lo he escrito para alguien que no puede leerme, y este mismo libro no es otra cosa que la carta a una sombra (Abad Faciolince, 2006: 22).

Estas reflexiones del narrador se instalan a modo de faro en la escena de la escritura para guiar los posibles recorridos hacia la interpretación de la identidad literaria de Abad Faciolince. La figuración del “yo escritor”, que es quizás una de las facetas fundamentales de todo “yo autobiográfico”, adquiere densidad en torno a la figura del padre; junto a él se experimenta el primer contacto con las letras, con las lecturas que alimentan su *ser*, con el inicio en la redacción y el acercamiento a las primeras tertulias literarias. En *El olvido que seremos* se configura el pasado familiar, las experiencias de la niñez, la adolescencia y la vida adulta en estrecho paralelismo con el proceso formativo de lector y escritor, siempre de la mano del padre. Es interesante que a lo largo de todo el relato el narrador-autor configure la presencia del papá, la memoria que guarda de él, como *causa y efecto* de su devenir en el mundo de las letras. La formulación literaria del padre, de esa manera, es, por supuesto, un homenaje a ese ser querido, pero también se proyecta como instancia de autorreflexión para recordar que detrás de toda la existencia propia hay siempre un libro. La forma como Abad Faciolince organiza el pasado a través de la escritura configura una realidad donde se combina el impacto intelectual de los libros con la experiencia emocional, reconoce que asociada a cada escena de lectura está el padre como mentor y motivador.

Si nos detenemos en la frase que cierra el último pasaje citado de *El olvido que seremos* -“casi todo lo que he escrito lo he escrito para alguien que no puede leerme, y este mismo libro no es otra cosa que la carta a una sombra” (Abad Faciolince, 2006: 22)-, acaso pueda inferirse que, alegóricamente, la sombra para quien Abad escribe es también la suya, la propia. En tanto que en la entidad narrativa de su relato confluyen ambas presencias en una sola voz, la sombra del padre sería también la imagen del hijo. Una sombra luminosa, que lo proyecta hacia la escritura y le hace “escribir cartas” para hacer presente lo ausente, para llenar con palabras la ausencia añorada. Resulta relevante, sin duda, que *El olvido que seremos* se origine por amor a la memoria del padre, pues en cierta medida esta memoria está impregnada de la vivencia de la literatura. Lo contado sin duda registra las imágenes más simbólicas del pasado literario del narrador. De ese modo, las lecturas del papá son también las lecturas del hijo, o lo que lee el hijo se relaciona directamente con la actitud generosa del padre. Aquí, en esta relación filial, leer, gracias a la motivación del padre, es construirse a imagen y semejanza del deseo propio:

Yo estuve en México nueve meses, hasta octubre. Mi papá se quedó hasta diciembre [...] y lo que quiero resaltar es que él me permitió pasar todo ese embarazo sabático [a los 19 años] sin presión alguna, ni académica ni laboral, sin estudiar nada ni entrar a la universidad, sólo leyendo, gozándome la vida [...] Recuerdo en especial haber leído, entre otros muchos libros, los siete volúmenes de la *Recherche*, de Proust, con una pasión y una concentración que quizás nunca he vuelto a sentir en ninguna lectura. Si hay alguna lectura fundamental en mi vida, creo que esos meses, febrero, marzo, abril, leyendo por las tardes la gran saga proustiana de *En busca del tiempo perdido* [...] fueron algo que marcaría para siempre mi vida como persona. Ahí confirmé que yo quería hacer exactamente lo mismo que Proust: pasar las horas de mi vida leyendo y escribiendo. (Abad Faciolince, 2006: 193-194)

La experiencia de lectura descrita al final de la cita recuerda las reflexiones de Molloy (2001) acerca de la fantasía proyectiva del lector adolescente, esto es, que “leer al otro no es sólo apropiarse de las palabras del otro, es existir a través del otro, ser ese otro” (47). Ciertamente, varios pasajes de los textos de Abad Faciolince revelan que desde muy joven aspiró a ser escritor; leer a Proust, por ejemplo, lo sumerge en una especie de ensoñación en la que se compara con el protagonista de *En busca del tiempo perdido*. Reescribir las aventuras del referente literario francés como si fuesen propias, vividas por un

Abad muy joven, desemboca “en un ejercicio literario, notablemente preciso, de autorretrato textual” (Molloy, 2001: 49). Leyendo a Proust el escritor colombiano se siente Proust, la experiencia de vida toma intensidad al pasar por el tamiz literario, alimenta el ingenio y la imaginación:

A mis 19 años, con mi aspecto andrógino de adolescente que madura despacio y sigue siendo casi un niño, efebo lánguido y voluptuoso, recuerdo cómo me movía en ese carro inmenso, blanco, por los senderos del parque Chapultepec, camino de la Casa del Lago, donde hacía mis parsimoniosos cursos de literatura. Me sentía como Proust en un lujoso cabriolé último modelo, que va a visitar a la duquesa de Guermantes y en el camino habla de catlejas con Odette de Crécy. (Abad Faciolince, 2006: 195)

Abad Faciolince hace del proceso de identificación literaria uno de los motivos importantes que definen su presente como escritor. Su relato muestra que en todo momento se ha dejado llevar por los libros. El actor de leer “antes de ser y siendo lo que lee” (Molloy, 2001: 27) proyecta una vida que siempre ha buscado hacerse palabra, palabra para retener no sólo la presencia propia sino, y quizás con mayor fuerza, la presencia del padre. En *Traiciones de la memoria* (2009) Abad se pregunta “¿qué queda de la vida cuando uno no la recuerda ni la escribe? Nada” (15), responde. Sea este temor a desaparecer el que acaso lo motive hoy a seguir escribiendo, a dar forma al recuerdo que aún perdura en el tiempo y evitar así que la experiencia al lado del padre se disuelva en el aire, sin dejar rastro.

Para concluir, notamos que las tensiones metafóricas de la narración del “yo” y de la vida íntima en *El olvido que seremos* sugieren un espacio de reflexión en torno a la capacidad expresiva de la autoficción y sus posibles modos de dar cuenta del recorrido literario de quien narra. La figura siempre presente del padre se enlaza a los recuerdos más preciados de devenir escritor. Abad Faciolince recuerda en sus textos que la escritura autorreferencial es una forma de conservarse a sí mismo, de ser en el texto. La autoescritura de esa manera, se convierte en un gesto escritural, que sin duda convoca la voz y la imagen de quien narra, pero sobre todo vivifica a aquellos a través de los cuales el propio escritor se narra y funda su propio ser. La relevancia del acto de lectura, de los momentos de escritura y de la búsqueda constante del saber de los libros, al lado del padre, demuestran que para este autor los libros son acaso la vida real, pues en estos perdura la existencia misma de lo propio, del “yo” que no puede ser borrado por el tiempo inclemente.

Bibliografía

- Abad Faciolince, H. (2006). *El olvido que seremos*. Bogotá: Planeta.
- _____. (2009). *Traiciones de la memoria*. Bogotá: Alfaguara.
- _____. (2010). "Ficción o no ficción, ésa es la cuestión". Conferencia en el Festival VivAmérica, Casa de las Américas: <https://vimeo.com/20291902> (Consultado el 24 de octubre de 2012)
- _____. (2011). Entrevista sobre *El olvido que seremos*. Radio Nederland. José Zepeda: <https://www.youtube.com/watch?v=zNhUmmwk7jo> (Consultado el 5 de enero de 2014)
- Alberca, M. (2003) "La autoficción hispanoamericana actual: disparate y autobiografía en *Cómo me hice monja*, de César Aira". *Le moi et l'espace: autobiographie et autofiction dans les littératures d'Espagne et d'Amérique latine. Comp.* Jacques Soubeyroux. Saint-Étienne: Université de Saint-Étienne.
- _____. (2007). *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*. Madrid: Biblioteca nueva.
- Amícola, J. (2007). *Autobiografía como autofiguración. Estrategias discursivas del Yo y cuestiones de género*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Arfuch, L. (2010). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Holroyd, M. (2011). *Cómo se escribe una vida. Ensayos sobre biografía, autobiografía y otras aficiones literarias*. Buenos Aires: La bestia equilátera.
- Molloy, S. (2001). *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: Fondo de cultura económica.
- Vanegas, O. K. (2016) "Memoria y espacio autoficcional en *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince". *Revista Cuadernos del CILHA*, 17 (25): 21-37.

